

EL TIEMPO

¡Ay, cuán fugaz el tiempo presuroso
Las silenciosas alas extendiendo
Huye á nunca volver! El brazo duro
Sacude airado, el hierro poderoso
De su segur terrible revolviendo,
Y á su impulso tremendo
En polvo se resuelve el fuerte muro;
Tronos, imperios y poder perecen,
Astros desaparecen,
Mares se tornan fértiles llanuras,
Altos montes en piélago profundo,
Y se trastorna cuanto encierra el mundo.
¡Cuántas generaciones,
Cual niebla leve, en nada se tornaron!
Y en yermas soledades,
Y en pantanos y selvas tenebrosas
Magníficas ciudades,
Ilustradas un tiempo y poderosas.

Períclitas naciones
Del misterioso Nilo habitadoras,
¡Miseras!... ¡Cuán fugaces
Vuestra grandeza y vuestra gloria fueron!
Como suelen los bravos aquilones
Las nubes arrastrar, así las horas
Os llevaron en pos, y en hondo olvido
Aun vuestros nombres sin piedad hundieron.
En vano en vos nacieron
Las fuentes del saber. Cual encendido
Relámpago veloz desaparece
Apénas en las nubes resplandece,
Tal vuestra ilustracion: así el sañudo
Rigor del hado en sus eternas leyes
Lo decretó. ¿Qué fué de vuestros reyes
Sabios, y poderosos, y temidos
Que todo el orbe dominar quisieron?
¡Ay! de la dura parca al hierro agudo
Su vano orgullo y su altivez rindieron:
De oscuridad sus nombres se cubrieron.

¿Dó están, en dónde la opulenta Tiro,
Y la ilustrada y la gloriosa Atenas,
Y la altiva Micenas,
Llanto de Troya?... ¿Dónde está de Epiro

El colosal poder?... Un día fueron,
Mas ya hasta sus rüinas perecieron.

¡Ay! que mi atormentada fantasía,
Sobre las alas rápidas del viento,
Vuela á aquellas regiones do algun día
Genio, y saber, y gloria colocaron
Su triunfador asiento,
Y al mundo refulgentes deslumbraron:
Donde la rica cuna
De dulce libertad rodó primero,
Mecida por el coro de virtudes,
Y halagada también por la fortuna.
Mas ¿qué encuentra? ¡oh dolor! sombras y luto,
Y al Eurotas hundido entre arenales,
Que despechado al mar lleva el tributo:
Al mar, que solitario ronco brama,
Y entre desnudas rocas se derrama,
Y de amargas espumas hoy blanquea
Desiertas playas donde fué el Pireo;
Y ni ve los laureles de Platea,
Ni ve de Salamina el gran trofeo,
Ni escucha los acentos divinales
De entusiasmo y de ardor... Silencio y muerte,
Y esclavitud no más halla asustada,
Que así le plugo á la terrible suerte.

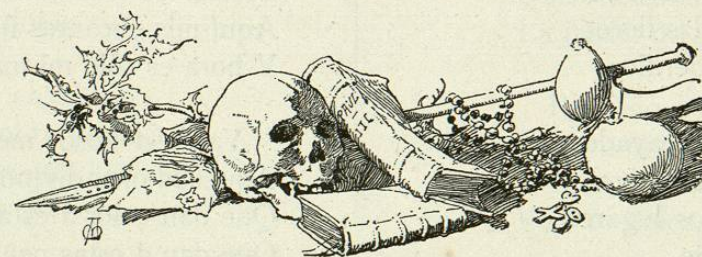
Asilo un tiempo de los lares frigios,
Después terror del quirinal imperio,
Infelice Cartago:
Diéronte cuna horrores y prodigios,
Pusiste al ancho mar en cautiverio,
Y de entrambas Hesperias fuiste estrago;
Ahora ni indicio vago
De tí puede encontrar el peregrino,
Y el ábrego ardoroso
Arrebata en confuso remolino
Sedienta arena en tu desnudo suelo.
¿Dónde hallaré tus poderosas naves?
¿Dó tus huestes pavor del Aventino?
¿Ni aún duran los hundidos arquitrabes,
Y tronchadas columnas, que las llamas
Perdonaron tal vez, y referian
Mudas su fin aciago y desastroso?
Sepultólas el suelo que oprimian.

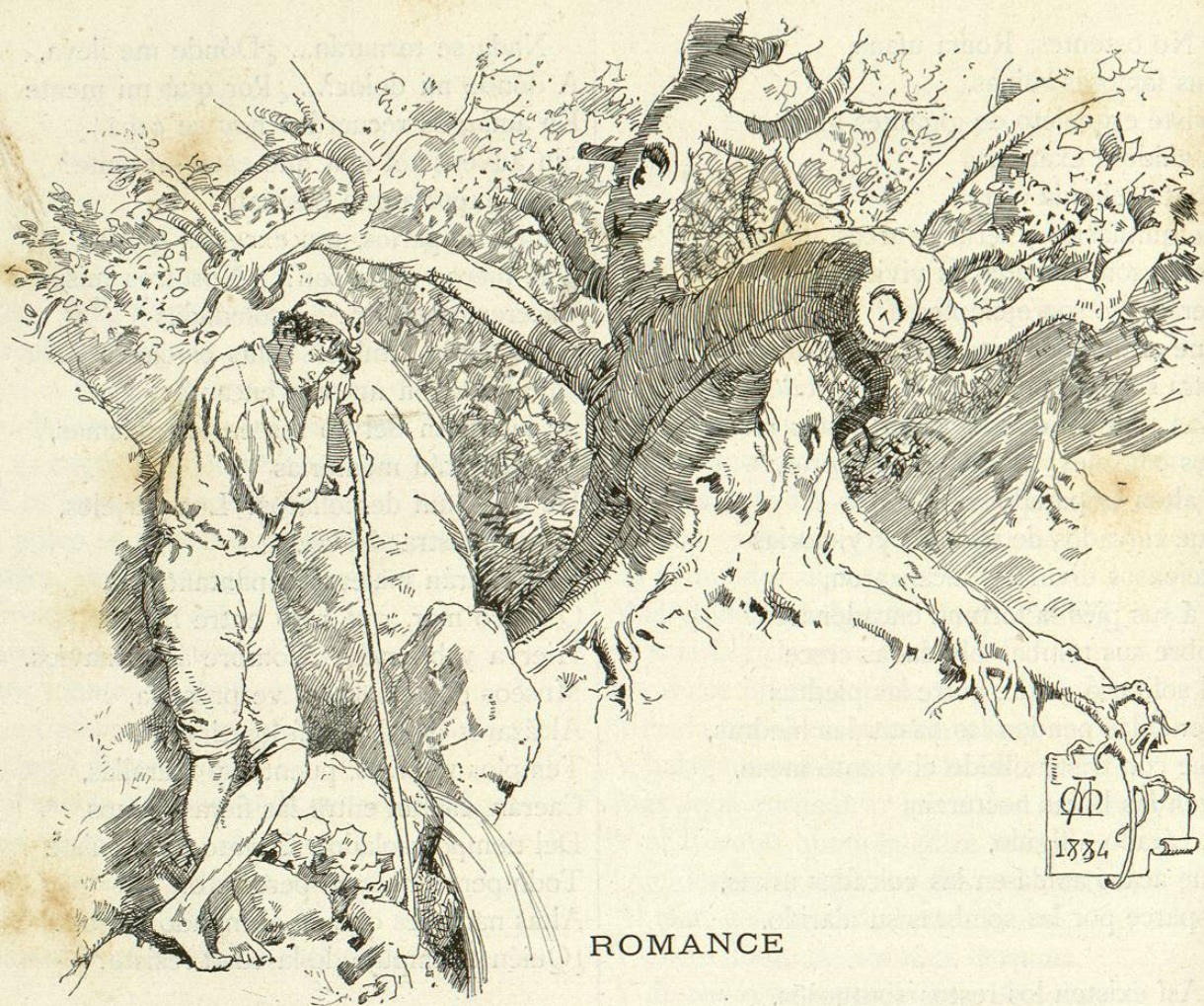
No ostentes, Roma ufana,
Tus famosas rüinas,
Triste esqueleto de gigantes glorias.
Si cuidosa examinas
Tanta reliquia vana
De gimnasios y termas, arcos, templos,
Verás son desengaños vividores,
Verás que son ejemplos,
Que el tiempo destructor ha perdonado
Para ser escarmiento á los mortales.
Mas ¿dónde, dónde están ¡tristes memorias!
Los cónsules, tribunos, dictadores,
Y altos emperadores,
Que cercados de triunfos y victorias
Incensos divinales alcanzaron,
Y á sus piés la fortuna encadenaron?
Sobre sus tumbas olvidadas crece
El solitario cardo, entre las piedras
Hendidias penden las bastardas hiedras,
Que con triste silbido el viento mece,
Y en las horas nocturnas
El cábaro afligido,
Que acaso anida en las volcadas urnas,
Esparce por las sombras su alarido.

Así existen los restos suntuosos,
Que, oh Roma, guardas y aún altiva ostentas:
Así existen columnas y colosos.
¿Pero por consolarte acaso cuentas
Con que así durarán con gloria tuya?
¡Ay! verás pronto su total rüina,
Serán desmoronados,
Y en vil polvo tornados;
Que de Saturno la cruel guadaña,
Que todo lo confunde y extermina,
Aún en vestigios sin piedad se ensaña.

Nada se tornarán... ¿Dónde me lleva,
A dónde mi dolor?... ¿Por qué mi mente
En amargos recuerdos hoy se ceba,
Sin advertir el mal que está presente?
¿Qué importa que pasaran
Tantos imperios, tan excelsas glorias
Que fueron y no son?... Nosotros mismos
Yaceremos en fin: en soledades
Se tornarán también estas ciudades
Que hora son nuestro encanto:
Se hundirán del no ser en los abismos,
Ni quedarán memorias
De que aquí descollaron. Los verjeles,
Hora nuestra delicia,
Se tornarán malezas y pantanos,
O ronco mar, que roto entre bajíos,
Hierva y breme, y asombre á los navíos.
Museos que Minerva ve propicia,
Alcázares que habitan los tiranos,
Templos y torres, puentes y murallas,
Caerán, caerán entre las fieras manos
Del tiempo asolador. Cuanto hora existe
Todo perecerá, cual perecieron
Altas naciones que en el mundo fueron:
¿Quién el empuje de la edad resiste?

Como el raudo torrente
Nace en la sierra y corre en la llanura,
Y por más que se oponga á su corriente
Ora un profundo valle,
Ora de antiguo bosque la espesura,
Ora una alta colina ó fuerte muro,
Abre espumoso á su carrera calle
Hasta llegar al mar; de aquesta suerte
Corre el orbe á los brazos de la muerte.





ROMANCE

Oculto entre la espesura
De recios troncos sombríos,
Que, aunque de musgo se adornan,
De su vejez dan indicios;

Besando negras pizarras
Con manso y blando rüido,
Corre Bembézar humilde,
Sin presunciones de río.

En su márgen escondida,
Miéntras retozan lascivos
Sobre la yerba y las flores
Los cándidos corderillos;

De pechos en el cayado,
Con semblante pensativo,
Contempla aquellos lugares
El infelice Lorindo.

Un año de aquella orilla
Le tuvo ausente el destino,
Y hora vuelve donde encuentra
En vez de amores desvíos.

Al fin, rompiendo el silencio
En que yace sumergido,
Prorumpe de esta manera
Con lágrimas y suspiros:

Riberas donde otro tiempo
Tan venturoso me he visto,
Bosques espesos y ocultos
De mis delicias testigos,

Dulces aguas, que suspensas
Visteis los amores míos:
Aquí mis encantos fueron,
Y hora es sólo mi martirio.

Ya desdeñosos me miran
Aquellos ojos divinos,
Que dan color á estas flores,
Que dan á estas peñas brillo.

Y al rigor de su desprecio
Vengo á morir ¡hado impío!
En estos mismos lugares
Donde gocé sus hechizos.

Aún en las blancas cortezas
De estos álamos altivos
El de Virta con mi nombre
Entrelazado diviso.

¿Por qué no los han borrado
Las lluvias de enero frío,
Ya que en el pecho mudable
Borró ausencia mi cariño?...

Mas ¡ay! que los respetaron,
Para que con mudo grito
A Virta llamen ingrata,
Y desdichado á Lorindo.

Reciba grato mi lloro
Vuestro seno cristalino,
Dulce raudal apacible,
De mi amor trasunto vivo.

Aquí teneis nombradía,
Y entre juncias y carrizos
Tributo os dan mil arroyos,
Gozais el nombre de río;

Pero en dando cortos pasos
Con el Betis confundido,
Bembézar ya nadie os nombra,
Porque así el hado lo quiso.

Tal sucedió á mis amores:
Aquí inocente y tranquilo
Los gozaba, imaginando
No verlos jamás marchitos:

De este suelo la desgracia
Me apartó, y al punto mismo
Pasaron cual vos, se hundieron
En torpe y oscuro olvido.

1816

LETRILLA

¿Te vas y me dejas,
Traidor, fementido?
¿No hieres tu oído
Mi amargo gemir?

Escucha mis quejas,
Detente, inhumano...
Mas ¡ay! que es en vano
Tu fuga impedir.

El alma, la vida
Me llevas contigo,
Cruel enemigo,
Perverso amador.

En penas sumida
Me dejas y ries,
Y ufano te engries
Al ver mi dolor.

Lorindo engañoso:
¿Es mármol tu pecho?
¿De bronce está hecho
Tu seno cruel?

¡Traidor! ¡jalevoso!
Delicias brindabas,
Y horrendo ocultabas
Ponzoñas y hiel.

Aléjate, ingrato,
Desprecia mi acento,
Que vaga en el viento
Sin nada valer.

Tu pérfido trato
De gozo te llene,
Mi mal te enajene
Con fiero placer.

No importa, algun día
Será mi venganza,
Que á todos alcanza
La flecha de amor.

Rendido á una impía
Veráste muriendo:
Y entónces riendo
Veré tu dolor.

1818



A OLIMPIA

DEDICÁNDOLE VARIAS COMPOSICIONES

Oye afable, hermosa Olimpia,
De mi lira los acentos,
Y á tu ternura recuerden
Que tu amor vive en mi pecho.

Estas son ¡ay! las canciones,
Los afortunados versos,
Que el Tajo y el Manzanares
En sus jardines oyeron;

Cuando junto á tí dichoso
En llama feliz ardiendo,
Sólo anhelando agradarte,
Mi labio los daba al viento.

Si algo valen, dulce Olimpia,
Es porque resuena en ellos
Tu nombre, y porque lograron
Serte gratos aquel tiempo.

Benigna acógelos: oye
Cual te están siempre diciendo
Que tú sola eres mi encanto,
Que en mí tu amor será eterno.

Y si el destino sañudo
De tí me aparta violento,
Robándome tus caricias,
Dejándome llanto y duelo;

Ora los climas helados
Alumbren tus ojos bellos,

Ora á la zona abrasada
Dé vida tu blando aliento;

Recuérdente mis afanes,
Tu amor, mi delirio ciego,
Mi constancia, tu ternura,
Mi dicha y tus juramentos.

Y aquellos veloces dias
De encanto y delicias llenos,
En que las floridas selvas
Arder nuestras almas vieron,

Y escucharon silenciosas,
Cómo tu labio de fuego
Me ofreció constancia eterna,
Triunfadora de los tiempos.

¡Ay! si tanto consiguieran,
¡Ilusiones de consuelo!
Que al despertar en tu mente
De nuestro amor los recuerdos,

Se humedecieran tus ojos,
Y palpitará tu seno,
Y lanzaras un suspiro,
De mi fe constante en premio...

Entónces ¡ah! no trocara
Estos mis humildes versos
Por los laureles de Taso,
Ni por las glorias de Homero.

1819.

SONETO

¡Ay, que de vuestro labio purpurino
Aterrado escuché, temblante y mudo,
Que iba á romperse para siempre el nudo
Con que mis dichas enlazó el destino!

Antes hendiendo el aire cristalino
Descienda tronador el rayo agudo
Sobre mi frente mísera, y sañudo
Me confunda en humoso remolino.

¿Y qué, Olimpia cruel, has olvidado
Mi amor, tus juramentos?... ¡fiera suerte!
¿Y tú los romperás con brazo airado?...

¿Por qué ántes de mirarte y de quererte,
Al hondo sueño del sepulcro helado
No me arrastró la compasiva muerte? 1819.

A OLIMPIA

¡Ay, cuánto tiempo en inquietud sombría
Mi pecho palpité, desde que el fuego
De tus divinos ojos y semblante
Hirió con su esplendor el alma mía!
Y yo infeliz, y deslumbrado, y ciego,
No alcanzaba á saber lo que sentía:
Y de tí léjos, tímido y errante,
Sin notarlo, en tu amor mísero ardía.
Tal vez en las entrañas de la tierra
Así se oculta y ceba, y arde, y crece
La llama asoladora,
Que al fin hendiendo la fragosa sierra,
Ardiente y tronadora
En volcan horroroso resplandece.

Buscando la quietud, al pecho mio
Del escondido amor arrebatada,
Del Bétis olivoso
Las márgenes amenas,
De sacros bosques y verjeles llenas,
Pisé confuso, y sin hallar reposo.
Del apacible rio
Las transparentes ondas sosegadas,
Sus frescas alamedas silenciosas,
Del vagaroso céfiro agitadas
Al rojo amanecer, las lindas flores
Risueñas, olorosas,
Que en ellas blandamente se mecían,
Su fragancia ostentando y sus colores,
Nada á mi mente, nada le decían:
A mis ojos natura muerta estaba,
Y en lágrimas mi rostro se inundaba.

Ora hácia las arenas
De gloria y triunfos y escarmiento llenas,
Que azota el mar undoso gaditano,
Mis plantas me arrastraban nuevamente,
Pensando hallar del alma
La paz perdida y la tranquila calma
A vista del magnífico Océano.
El giro de los mares de Occidente
En vano el pensamiento me ocupaba;
En vano procuraba
Exaltar mi agitada fantasía
El espacio sublime de las ondas;
Ya cuando hirviendo con salobre espuma,
Al cierzo bramador se entumecía,
Y alzando al cielo las arenas hondas,
Los ásperos escollos combatía;

Ya cuando adormecido
El cielo de zafir puro y sereno
Reverberaba plácido en su seno;
Mas nunca mis pesares
Conseguiste aquietar, dios de los mares.

Tal vez rendido á mi afanar tornaba
Del regio Manzanares á la orilla,
Y necio imaginaba
Que el fausto y pompa, en que orgullosa brilla
La gran ciudad, señora
De dos mundos, calmara con su encanto
Mi mortífera pena roedora.
Mas ¡ay! en los magníficos salones
De oro y púrpura bárbara adornados,
So las soberbias cimbras y artesones
De refulgentes tintas esmaltados,
Y en plazas, y en liceos, y en jardines,
El frio tedio y el pesar infando
Mi corazon estaban devorando.

¿Y qué, dije, será que las estrellas
Vieron con ceño el infelice dia
Que empecé á respirar?... ¿Será, oh destino,
Que siempre el hombre en mísera agonía
Arrastre su existir?... Si esta es la suerte
Que guardan los arcanos
A la raza infeliz de los humanos,
Ven sin tardanza, ven, ¡oh dulce muerte!
Siega piadosa la garganta mía,
Descanse al ménos en la tumba fría.

Cuando tornas, Olimpia, á esta ribera,
Bella como la luna refulgente,
Que en apacible y grata primavera,
Cándida ostenta la argentada frente,
Y lánguida y luciente
Desde su carro azul derrama brillo,
Al través de las nubes plateadas,
Del blando cefirillo
Con vagarosas plumas agitadas.
Te ví, y me estremecí; torné á mirarte,
Y el denso velo que mi amor cubriera,
Rasgóse de repente, y descubierto
Miré mi corazon, y en él patente
La oculta causa de mi angustia fiera.
Y reventando el escondido fuego,
Tronó como un volcan, tu amor buscando,
Y tu amor, y tu amor sólo anhelando.